

Sábado VII de Pascua



18 de mayo de 2024

Hech 28,16-20.30-31

Sal 10

Jn 21,20-25

P. Eduardo Suanzes, msps

La Primera Lectura es el final de Libro de los Hechos. Pablo, en calidad de preso, ya está en Roma, la Roma de Nerón. Tiene que estar detenido porque su caso no ha sido resuelto, pero se le concede libertad restringida dado que las autoridades romanas no lo consideran un peligro para el orden público. ¿A quién se deben estas consideraciones? ¿Al benévolo informe del centurión Julio, o a los amigos de Pablo en la comunidad romana? Por las cartas de la cautividad¹, que probablemente proceden de la prisión romana, nos enteramos de que también otros fieles amigos se interesaban por Pablo². El texto menciona una cadena con la que el Apóstol estaba ligado a un pretoriano encargado de su custodia. Este es el escenario para el testimonio que Pablo tiene que dar.

Es como si el movimiento de Pablo de Jerusalén a Roma representara el mismo movimiento espiritual de la Iglesia que se desprende definitivamente del judaísmo y se abre enteramente a los paganos. Roma se convertirá en el nuevo centro de irradiación universal. En esta época había vuelto a crecer el influjo de los judíos en Roma. Después del edicto del emperador Claudio contra los judíos hacia el año 50, del que había hablado Lucas con anterioridad³, los judíos expulsados no tardaron en regresar a Roma, y particularmente en tiempo de Nerón volvieron a gozar de influencia. Por esta razón no podía serle indiferente a Pablo la actitud que adoptase con él la *judería romana*. En un último intento de acercarse, de dirigirse a los judíos, reúne a los principales de Roma, los distintos jefes de las sinagogas de la ciudad: gente importante e influyente en el mundo político de la capital⁴. Si se quería que la apelación al César diese resultado, debía tener a los judíos de su lado. Naturalmente, además de estas consideraciones tácticas, entraban también en juego motivos misioneros que inducían a este diálogo con los dirigentes judíos.

Les dice que fueron los judíos quienes lo entregaron a los romanos (como hicieron con Jesús, en realidad) y se opusieron a su liberación, porque los romanos querían soltarle, pero no quiere devolver mal por mal. Es decir, que por causa de los judíos de Jerusalén los romanos no han podido ponerlo en libertad, porque tuvo que apelar al tribunal del Emperador, al César. A los judíos quiso Pablo llevar primeramente el mensaje de salvación, y en todas partes tropezó con la negativa y la persecución, y fue por causa de los judíos por lo que se hallaba ahora ya por tres años en una prisión preventiva que no ofrecía perspectivas de desenlace favorable. Pero, al final, tampoco aquí Pablo tendrá resultado positivo con los judíos; experimentó lo mismo de siempre con ellos. Todos estos motivos pesaban ahora conjuntamente cuando convocaba a los dirigentes judíos. El texto (que la

¹ Filipenses, Colosenses, Filemón y Efesios.

² Cfr. JOSEF KÜRZINGER. *Los hechos de los apóstoles. Vol. II.* Ed. Herder. Barcelona, 1974

³ Cfr. Hech 18,2

⁴ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Nuevo Testamento. Edición de Estudio. Vol. III.* Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1997

liturgia ha omitido) continúa con la no aceptación de los jefes y Pablo les echará en cara, una vez más, el endurecimiento de su corazón. Se repetía la historia con su pueblo. Sorprende que estando ahora Pablo dos años en esta casa de alquiler, Lucas solo mencione este encuentro con jefes de las sinagogas de la ciudad.

Y...punto final. Ahí termina el relato, abruptamente, inesperadamente⁵, de una forma un tanto decepcionante. No ha estimado oportuno (¡qué pena!) narrar la repercusión y el martirio de Pablo, ni del encuentro con el César, siendo que fue éste el punto culminante y la razón por la que Pablo viajó a la ciudad por haber apelado a él. Tampoco nos cuenta nada del encuentro de Pablo con los cristianos de Roma. Solo se trata este último capítulo de su testimonio con estos judíos de la ciudad. Y acaba: «*enseñaba lo concerniente al Señor Jesucristo con toda libertad y sin estorbo*». La última palabra, el último pensamiento del libro, es Jesucristo.

En el Evangelio de Juan también estamos justo al final del mismo. Jesús estaba hablando con Pedro, le hizo la triple pregunta sobre el amor a las que Pedro contesta con todo su corazón; le indica de qué muerte iba a morir y le dice, por fin, que lo siga. Los dos se ponen en camino. De pronto, entra Juan en el relato siguiendo a Jesús y a Pedro. Pedro es el que se voltea y observa que Juan les sigue: «—*Señor, ¿qué va a pasar con este?*», le pregunta a Jesús.

El que en la composición del capítulo discípulo amado ocupe la parte final, acentúa su importancia, sobre todo si se piensa que se trata de la última página del evangelio⁶. Y es que al hacer mención de que ese discípulo que seguía a Jesús y Pedro era «*el mismo que en la Cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado:—Señor, ¿quién es el que te va a entregar?*», se está poniendo de relieve la fidelidad y la traición: Juan es el discípulo amado, el que siempre le ha seguido, el de la intimidad con el Maestro; Pedro lo había negado, se había apartado del camino y ha estado a punto de perderse para siempre. Jesús lo acaba de rescatar. Son dos los que ahora siguen a Jesús: el que nunca había dejado de seguirlo y Pedro, el que ahora comienza. Pero los dos siguen a Jesús del mismo modo.

Está claro que ver al otro discípulo provoca en Pedro una reacción. Sabe de la fidelidad de este discípulo, que nunca ha abandonado a Jesús; pero, después de su seguimiento fracasado en el atrio del sumo sacerdote (las negaciones), no lo está de la suya propia. Había ya llegado al sepulcro **siguiendo** a este discípulo; ahora que, finalmente, Jesús lo ha invitado a seguirlo y le ha anunciado como meta una muerte como la suya, piensa hacerlo con mayor seguridad **yendo detrás de aquel que lo acompañó hasta la cruz**. Por eso pregunta por la ruta del otro: **imitándolo a él** evitará toda desviación. La pregunta que hace Pedro tiene que ver también con el destino de Juan. Jesús le acaba de anunciar a él su suerte, pero ¿qué pasa con Juan? Una vez más, Pedro en sus planteamientos se equivoca y Jesús se lo hará ver. Él deberá centrarse solo en una cosa: en Jesús

⁵ Cfr. JOSEPH A. FITZMYER. *Los hechos de los apóstoles. Vol. II*. Ed. Sígueme. Salamanca 2003

⁶ XAVIER LÉON-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan IV*. Ed. Sígueme. Salamanca 1998

En efecto; parece que la respuesta de Jesús a Pedro está dirigida al punto de que él debe concentrarse en su misión. Le contraponen la hipótesis de que el otro discípulo no muera, solamente para subrayar la independencia de la ruta de cada uno. **Lo que importa es seguirlo**, a él y solo a él, fielmente entregándose a los demás. Aun en el caso de que el otro discípulo no hubiese de morir, para Pedro el único itinerario es el que Jesús le ha marcado: manifestar la gloria de Dios dejando que le arrebaten la vida por amor a las ovejas.

«—*Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?*». Los discípulos de la comunidad de Juan, allá por los años 90, habían creído que había de entenderse en el sentido de que el discípulo amado no moriría. La convicción de los miembros de la comunidad joánica de que el discípulo amado seguiría con vida hasta la llegada del Señor indica que, en una época antigua, esa comunidad esperaba la parusía en un futuro cercano. La longevidad, excepcional según la tradición de Juan, pudo haber contribuido a fomentar este error.

Está claro que se extendió ese error a lo largo y ancho de las comunidades joánicas de la Provincia de Asia: y era que el discípulo amado, Juan, no moriría. El autor final del capítulo no sabe cómo deshacer el entuerto, por eso insiste, tratando de corregir el error: «-a ver...mmm, no es que Jesús hubiera dicho eso, es que...lo que dijo en realidad fue si yo quiero que...» Porque está claro que ya para cuando se escribió esta última parte del evangelio Juan había muerto y estaba más que muerto. El redactor de este último capítulo es un autor distinto de la comunidad de Juan.

Al final es la comunidad la que habla: «*y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero*». Es la comunidad la que garantiza la verdad del testimonio dado por el discípulo que amaba Jesús.

Eso es en lo que Pedro debe focalizar su vida. « —*¡Tú, sígueme!*», termina Jesús zanjando la cuestión. Seguir a Jesús es, para Pedro, aceptar el sacrificio de su vida. Al mismo tiempo, la orden de Jesús condensa lo esencial de la vida cristiana, si se entiende en referencia a la fidelidad al Hijo de Dios. Si nos fijamos bien, « *¡Sígueme!*», es la última palabra de Jesús en el evangelio. Esta, a su vez, fue su primera llamada a los discípulos (Felipe) al inicio del evangelio.